

Maldad y ejemplaridad

JULIAN MARÍAS

Es menester entender las cosas y llamarlas por su nombre. Cuando se produjeron las primeras matanzas de Ruanda —sólo las primeras— escribí un artículo titulado “La maldad existe”; me parecía inaceptable hablar de ellas como de una catástrofe, como si fuesen un terremoto o una inundación, y no el asesinato voluntario y deliberado de cientos de miles de personas. Algo semejante ha sucedido en lo que fue Yugoslavia, y sigue ocurriendo en demasiados lugares.

Acabamos de asistir a uno de los actos de maldad más repugnantes que puedo recordar: el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco. Ha reunido todo lo que se puede acumular de cobardía, vileza, implacabilidad y complicidades. Por coincidencia, en los atroces días del fin de semana pasado ha aparecido un artículo mío, comentario de una película y titulado “Más cómplices del diablo”, en el que se analizaba lo que es el terrorismo. Quiero recordar algunos de sus párrafos:

“Este terrorismo —y todos los demás— me parecen particularmente atroces y repugnantes, y lo que más me repele es la ‘afición’ que algunos sienten por ellos, que puede llegar a la delicuescencia, y que favorece su impunidad. Hay partidos políticos que funcionan como la ‘orden tercera’ de una organización terrorista”.

El personaje de la película comentada, “La sombra del diablo” ha recibido de niño la impresión de la muerte de su padre, y “Esa huella ha fermentado en él, se ha convertido en algo siniestro, que se llama fanatismo, y lo peor es que ha ‘consentido’ a él. Siempre he creído que el hombre, siempre libre, ‘consiente’ a veces a la depresión, al odio, a la maldad, a la locura. Se ha convertido en un

terrorista fanático”. “El terrorista, al consentir en ello, al entregarse al fanatismo, se ‘despersonaliza’, pero sólo en la medida en que es posible: sigue siendo una persona. Por eso es responsable —lo que tantas veces se quiere disimular en su apoyo—; por eso es, en último término, salvable. Por debajo del ‘monstruo’ aceptado, en el que ha intentado convertirse, sigue siendo una ‘persona’, y esto es lo verdaderamente grave”.

Estas líneas, escritas unos cuantos días antes de los sucesos que han sacudido hasta su raíz a España entera, eran un intento de comprender el sentido que todo ello tiene. Por eso me atrevo a recordarlas, porque no sobra nunca el análisis de la realidad, que puede iluminar así el desbordamiento de la emoción que se ha producido. Y hay que decir que ha sido ejemplar. Ante todo, por su inmenso volumen, que ha envuelto la totalidad del País Vasco —salvo, claro está, los cómplices del diablo—, y España entera sin excepción. Pero además por su calidad, su pureza, su energía, su entereza, su mesura. Por una vez, España ha estado a la altura de lo que ha sido en los mejores momentos de su historia, en lo que ha configurado esa manera de ser de la que participamos y en la que podemos sentirnos fieles a nuestra verdadera realidad, a lo que somos y queremos ser.

No creo que haya exageración en estas palabras. Cuando son justas hay que decirlas, por duras que sean en algunas ocasiones, aunque envuelvan un elogio en otras. El espectáculo de dolor, de luto profundo y serio, de dignidad, de resolución, de hermandad, que ha dado toda España ante la desgracia sobrevenida a una familia, a un pequeño lugar de Vizcaya, al País Vasco en su conjunto, con su personalidad propia, ha sido algo conmovedor, admirable.

¿Por qué no reconocerlo? El que sea bueno, el que nos deje con la conciencia tranquila, el que nos consuele de muchos errores, caídas y complacencias con el mal, no debe hacernos ocultarlo. Hay que reconocerlo, proclamarlo, afirmarlo; y, lo que es más importante, perseverar en ello.

Las emociones suelen ser fugaces. Es posible, que al cabo de unos días, disipada ésta, las gentes vuelvan a sus quehaceres, a sus hábitos, a sus diferencias, a sus manías en ocasiones, y se olviden de lo que han sido unos momentos de los que podrían enorgullecerse en adelante. Esa actitud en que la inmensa mayoría de los vascos y de todos los españoles han vivido unos días debería ser un descubrimiento. Tendrían que pensar: eso somos, eso tenemos que seguir siendo.

Un viento de valor ha cruzado España entera. No lo desdeñemos; llevo mucho tiempo diciendo que el que en nuestra lengua la palabra “valor” tenga como sentido primario la valentía es justo, porque sin un mínimo de ese valor perecen todos los valores.

Ha habido unas cuantas personas cuyo comportamiento ha sido particularmente certero y digno, en ocasiones perfecto. Creo que es importante verlo, entenderlo, concederles nuestra estimación, y sobre todo contar con ellos para el futuro. Hay que saber de quién se puede uno fiar —y de quién parece saludable desconfiar.

Pero quizá lo más importante de todo ha sido que España entera ha funcionado como un gran cuerpo —“esos grandes cuerpos que son las naciones”, decía Descartes—, inspirado por un alma hecha de fraternidad, de generosidad, de participación en los dolores y los problemas de cada una de sus partes. Sin pasar sobre sus diferencias, sin negar sus personalidades, contando con ellas para constituir su riqueza, su variedad, amando cada uno de sus miembros.

No nos engañemos: en estos días atroces, España ha alcanzado uno de esos momentos en que se encuentra a sí misma y se comporta como es debido, sin caer —y esto es casi milagroso— en

ninguna tentación. Nada ha habido de que podamos avergonzarnos, arrepentirnos, a lo que debamos renunciar.

Y todo esto debe ser un programa para el futuro. El comienzo de una tarea que tenemos que llevar a cabo todos los vascos de modo inmediato, ayudados, abrigados por todos los demás españoles. Cada persona individual debe comportarse, día tras día, como lo ha hecho públicamente estos últimos. Debe expulsar de la convivencia a los que son indignos de ella; debe aislar a los que están contagiados por el virus de la maldad, hasta que puedan curarse de él. Si esto se hace, el horizonte quedará abierto y despejado, se podrá proyectar en libertad y concordia.

Creo que el pueblo vasco, que ha gozado siempre de una estimación y simpatía amplísimas, se habrá sentido acompañado, comprendido y apoyado sin restricciones por la totalidad de España. Ha debido ser una experiencia inesperada para muchos, aunque se debería haber contado con ella. Una reflexión sobre lo que se ha manifestado ahora sería algo precioso; y digo manifestado porque existía ya, y estaba maliciosamente encubierto.

Espero que los vascos caigan en la cuenta de que los que han intentado y van a seguir intentando despojarlos de su condición española los despojan a la vez de lo que para ellos es y debe ser irrenunciable: su condición vasca.